



Persuasión

Adrian Blake

A ti, mi otra mitad... mi alma gemela, porque aguantas mis noches en vela escribiendo y mis mañanas malhumoradas cuando algo no sale como espero.

A Brianne, Itziar y Lory, mis hadas madrinas, mis amigas, confidentes, y sobretodo mayores críticas. No sería nada sin vosotras.

Y por supuesto a todas mis diablillas, esas que me seguís incondicionalmente sin pedir nada a cambio.

Un millón de gracias Maryajo, Lavi, Maitexu, Emi, Sophie, Raquel,

Angélica, Tania, Paula, Esther, Paloma, Mai, Patri... y todas aquellas que cada día entran en mi Infierno.

INDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

Capítulo 1

Estoy sentado en la barra del bar...solo. Ya hace un mes desde que Gabrielle salió de mi vida tal y como había entrado... como una exhalación. He intentado seguir adelante, he intentado olvidarla, pero mi mente no deja de pensar en ella y mi demonio interior clama por volver a sentirla entre sus garras.

He bebido más de la cuenta. Tengo la vista y el entendimiento nublados. Creí que el alcohol sería capaz de mitigar la desolación que me inunda, pero me equivoqué. Con cada trago de whisky su recuerdo se hace más nítido, más real.

—Hola, guapo. ¿Me invitas a una copa?

Miro de reojo a la mujer que se contonea a mi lado. Es morena, no demasiado alta, muy delgada para mi gusto... y sinceramente no me pone nada. Pero debo hacer algo, o jamás podré sacarme a Gabrielle de la cabeza.

—¿Qué te parece si nos tomamos esa copa en otra parte? —le comento con picardía.

Ella sonrío coqueta y se relame los labios. Bien... ya es mía. Cada vez es más fácil... y más aburrido. Aunque lo intento, el sexo no ha sido lo mismo desde que se marchó.

Nos montamos en un taxi y la morena se sienta a horcajadas sobre mí sin tener en cuenta al conductor, que nos mira por el espejo retrovisor con desaprobación.

Pero a mí me importan una mierda

el conductor, la chica y que me vean follándome a una desconocida, así que introduzco mis manos bajo la minúscula falda del vestido, que deja casi al descubierto su tanga de encaje. Hace algún tiempo me volvía loco el encaje... ahora solo me gusta si cubre la piel de Gabrielle.

Lo arranco de un tirón e introduzco dos dedos dentro de ella sin preocuparme de si está o no preparada. Ella se arquea buscando mi boca, pero la esquivo sin disimulo. Ninguna mujer va a mancillar el recuerdo de los besos de Gabrielle.

La masturbo con fuerza, haciéndola gritar desesperada por su orgasmo. Y cuando llegamos a la puerta del hotel la aparto de un empujón de mi regazo y me encamino a coger una dichosa habitación.

Ella me precede al entrar en la habitación, y antes de que tenga tiempo a decir nada la apoyo contra una mesa, de espaldas a mí, y agarrándola fuerte del pelo entierro mi miembro, aún algo flácido, en su interior. Desde que Gabrielle se fue me cuesta empalmarme, solo lo consigo evocando su recuerdo.

Así, sin verle el rostro, imagino que es ella la que está acunándome en sus entrañas, y mi polla comienza a hincharse, mi demonio se relaja, y me dejo llevar por la situación.

Mis investidas son cada vez más duras, más fuertes. Sé que cuando la suelte voy a tener un buen manojito de pelo en mi mano, y que voy a hacerle un moratón con la mano con la que la tengo asida por la cintura, pero todo me da igual desde que Gabrielle salió de mi vida.

Mi dulce Gabrielle... la mujer que me ha cambiado por completo, que ha hecho de mí un ser inservible para cualquier otra mujer para después abandonarme. Esa mujer que en tan solo veinticuatro horas consiguió cambiarme, hechizarme. El orgasmo se acerca, mi cuerpo se tensa... y su nombre escapa de mis labios entreabiertos cuando me corro.

Salgo de ella sin ni siquiera mirarla. Sé que no lo ha disfrutado, sé que no he conseguido que se corra, pero sinceramente me importa una mierda. Me vuelvo sin tan siquiera mirarla, tiro un par de billetes en la cama y salgo de la habitación tal y como he entrado... perdido en Gabrielle.

Capítulo 2

Me despierto con un dolor de cabeza monumental en una cama que no es la mía. Miro a mi alrededor... y no recuerdo cómo he llegado a ese lugar. Las paredes y el techo están pintados de rojo, hay cadenas y objetos de BDSM por todas partes, y estoy completamente desnudo. ¿Qué coño hice anoche?

Intento levantarme pero un mareo me lanza de nuevo sobre la cama de sábanas negras justo cuando una mujer de unos cincuenta años entra con una bandeja de desayuno.

–Al fin has despertado –dice sonriendo.

–¿Dónde estoy? ¿Qué...

–Primero desayuna y tómate la pastilla. Después te daré todas las explicaciones que necesites.

Asiento y me incorporo de nuevo para recibir una fuente provista de café, zumo de naranja y un plato con bacon y dos huevos.

Doy buena cuenta de la comida, no he sabido que estaba hambriento hasta que he dado el primer bocado, y la buena mujer aparta la bandeja de mi regazo para sentarse junto a mí.

–Muy bien, Derek, ¿qué necesitas saber?

–Todo –contesto avergonzado–. No recuerdo nada de lo que pasó anoche.

–Yo soy Jocelyn, la dueña de este local. Te encuentras en el Infierno, un club de BDSM, como supongo que habrás deducido por la decoración de la habitación.

–Sí, bueno... no hay que ser demasiado listo para darse cuenta de eso –bromeo.

–Anoche apareciste aquí bastante ebrio, y exigiste una sumisa para jugar. Pero como comprenderás, las normas del club prohíben practicar BDSM en el estado en el que te encontrabas.

–Perfectamente razonable dadas las circunstancias –me siento avergonzado, y lo peor es que no lo recuerdo.

–Debo decir que me costó convencerte de que esperases aquí a la chica, esperanzada de que te durmieras en cuanto te tumbases en la cama, cosa que efectivamente ocurrió. Y aquí has estado desde entonces.

–Discúlpeme por todo el numerito que debí montar... no estoy pasando mi mejor momento.

–Derek... llevo en este negocio el tiempo suficiente como para distinguir a un practicante genuino de un hombre atormentado. Y me temo que tú perteneces al segundo tipo.

–No soy buena persona, Jocelyn. –Soy de la opinión de que cada uno es simplemente persona. Podemos equivocarnos más o menos y de nosotros depende enmendar esos errores. ¿Puedo preguntarte qué te preocupa?

–Ya te he molestado bastante – intento levantarme– ¿Dónde está mi ropa?

–Derek... a veces hablar de ello ayuda. La ropa puedes cogerla en cualquier momento, mi consejo solo ahora.

–Jamás había tenido demasiados problemas con el sexo. Estoy enfermo, soy adicto a él, pero nunca había tenido problemas para saciarme con cualquiera. Hasta ahora.

–Vaya... así que se trata de una mujer.

–Es más que eso... es...

–Siempre te cansabas de las mujeres después de acostarte con ellas y sin embargo no puedes saciarte de ella, ¿es eso?

–¿Cómo lo sabes?

–Una vez conocí a alguien como tú. Era incapaz de estar más de un día con una misma mujer, creía estar enganchado al sexo, pero lo único que le pasaba era que no concebía el sexo sin amor, por lo que no era capaz de atarse a nadie que no amara.

–¿Y qué le pasó?

–Pues... le pasó que duerme conmigo cada noche y lleva veinticinco años siendo inmensamente feliz a mi lado.

No estás enfermo, Derek, solo perdido. Mi consejo es que vayas a buscar a esa chica y consigas conquistarla fuera de la cama. Llévala a cenar, cómprale flores, preocúpate por lo que le gusta... Haz sus sueños realidad, Derek. Merecerá la pena. Y ahora me voy, que el club no se regenta solo. Tu ropa está en la silla. Cierra la puerta al salir, y espero no volver a verte por aquí.

Tras besarme en la mejilla Jocelyn se marcha, y me visto pensando en todo lo que me ha dicho.

Capítulo 3

Cuando llego a casa me encuentro un escenario digno de una película de terror: las botellas de whisky y ron están tiradas por el suelo, un par de cuadros rotos, los cojines del sofá destrozados y la mesa de cristal del centro hecha añicos.

Debí terminar muy borracho anoche para que mis muebles de diseño hayan terminado de esa manera. Tiro los restos de alcohol que encuentro por doquier en el fregadero, recojo todo el destrozo lo mejor que puedo y me dirijo a darme una ducha para despejarme.

Entrar en el dormitorio trae a mi cabeza recuerdos de Gabrielle, pero los aparto de inmediato para no volver a caer en la desesperación. Debo idear un plan de acción para recuperarla. Jocelyn me ha hecho ver las cosas desde otra perspectiva, y estoy dispuesto a seguir sus consejos con tal de recuperar a mi ángel.

Esa mujer me ha hecho ver la realidad de una manera aplastante: estoy loco por Gabrielle, por tenerla a mi lado, por intentar ser mejor persona para ella.

La ducha de agua helada activa mis neuronas, que seguían abotagadas por el alcohol ingerido en los dos meses que llevo sumido en la desesperación de no tener a Gabrielle conmigo, y tras ponerme algo de ropa salgo a la calle a ordenar de nuevo mi vida.

Esa noche llego a casa destrozado. Las compras no son lo mío, porque normalmente le encargo a mi secretaria que se ocupe de ello o incluso lo hago todo por Internet. Pero el ir de tienda en tienda ha sido una terapia muy favorable para recuperarme y volver a ser yo mismo.

Pido una pizza y me dispongo a ver el partido, pero los recuerdos de Gabrielle acechan en lo más profundo de mi mente para salir de nuevo a atormentarme, así que llamo a mi mejor amigo, Evan.

–¡No me lo puedo creer! ¿Derek? ¡Tío, cuánto tiempo! ¿Cómo te va todo? –pregunta sorprendido de oírme.

–Sobrevivo, que no es poco. ¿Tienes planes para ver el partido?

–Pues iba a pedir una pizza, ¿por qué?

–Ya la pido yo. Vente para casa y lo vemos aquí.

–De acuerdo, llevaré unas cervezas.

–Evan... que sean sin alcohol.

–¿Sin alcohol? ¿He oído bien?

–Sí, capullo. Has oído bien.

–De acuerdo, sin alcohol. Ya me explicarás por qué.

Un cuarto de hora después llega

Evan seguido de cerca por el repartidor.

En cuanto cruza la puerta nos fundimos en un estrecho abrazo. Hacía demasiado tiempo que no nos veíamos, en parte por el trabajo, pero sobre todo debido a mi adicción.

–Me alegro de que me llamaras, tío.

Llevas demasiado tiempo desaparecido ¿Dónde estabas metido? ¿O en quién, capullo?

–He tenido problemas, pero estoy solucionándolos.

–Supongo que por eso las cervezas son sin alcohol...

–Más o menos.

La noche pasa como una exhalación. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan relajado como ahora, se me había olvidado lo que significaba tener a un amigo a quien contarle tus problemas.

Cuando el partido termina, con la victoria de mi equipo, Evan se vuelve hacia mí y me observa con una ceja levantada.

–¿Y bien? ¿Vas a explicarme tu desaparición?

–Conocí a una chica.

–Derek... todos los días conoces chicas a las que te llevas a la cama y después olvidas.

–Ella es distinta, Evan. A ella no puedo quitármela de la cabeza. Pero fui un completo gilipollas y la alejé de mí antes incluso de tenerla.

–¿Qué le has hecho? –pregunta algo preocupado.

–Le pedí veinticuatro horas de sexo desenfundado y después de eso la dejé marchar. Y cuando me pidió que me dejase llevar para ver dónde podría llevarnos el estar juntos le dije que no.

–Entiendo... por eso llevas dos meses desaparecido –no es una pregunta, Evan me conoce demasiado bien.

–Llevo dos meses bebiendo como un cosaco, follándome a toda la que se me pone por delante de la manera más despreciable y hundiéndome en la miseria.

–¿Y qué te ha hecho abrir los ojos, macho? –pregunta.

–Esta mañana me he despertado en una cama extraña sin recordar nada. Anoche fui a un club de BDSM borracho como una cuba exigiendo una sumisa... y por suerte la dueña me dejó dormir la mona y no llamó a la policía.

–¡Joder! –su cara es todo un poema, está escandalizado y con razón.

–Debo cambiar, Evan. Debo ser mejor persona, ir a buscarla e intentar convencerla de que vuelva a mí.

–¿Crees que lo conseguirás?

–No tengo ni puta idea, pero tengo que hacerlo. No pienso perderla sin luchar.

–Sabes que te ayudaré en todo lo que pueda.

–Gracias, tío, esto es importante para mí.

Capítulo 4

Llevo tres semanas sobrio... y célibe. No sé cuál de las dos adicciones está costándome más trabajo, pero mi vida está siendo una puta mierda.

Me refugio en el trabajo para no pensar en nada, pero Gabrielle siempre está presente en mis pensamientos... y quiero que siga siendo así, porque es quien me está dando las fuerzas necesarias para continuar.

Machacarme horas y horas en el gimnasio de Evan también me ayuda bastante. El esfuerzo físico y los retos que me pone el capullo de mi mejor amigo hacen que mi mente permanezca con la cabeza en blanco por unas horas. A pesar de todas las mujeres que se contonean ante mí, que me ponen el culo en la entrepierna con cualquier excusa, no caigo en la tentación. Tengo muy claro mi objetivo, y no pienso estropear lo que llevo conseguido por un mal polvo... no hay nadie igual que Gabrielle.

He decidido ir y venir del trabajo a pie, me sienta bien observar a la gente dirigirse a su rutina diaria. Estoy aprendiendo a descifrar a las personas que se cruzan en mi camino, y también me está sirviendo para conocerme mejor a mí mismo.

Hoy he salido del bufete antes de lo habitual debido a que el caso que tengo entre manos se ha resuelto de mutuo acuerdo, así que he decidido dar una vuelta por el centro y entrar en algún restaurante a comer. Y de pronto... ahí está ella.

Gabrielle... aún no se ha percatado de mi presencia, y camina directamente hacia mí sin despegar la vista del teléfono. Lleva prisa, porque su paso es bastante rápido, y la noto preocupada. Justo antes de que choque contra mí la sostengo suavemente de los hombros, y ella me mira avergonzada, y después sorprendida.

—Derek... —su voz es apenas un susurro.

—Hola, Gabrielle. Deberías mirar por dónde vas —bromeo.

—Lo siento... ando un poco distraída. ¿Cómo te va todo?

—Bueno... digamos que estoy volviendo a encauzar mi vida después de un tiempo perdido. ¿Y a ti?

—Como siempre... muy liada en la floristería.

—¿Algún problema? Te noto preocupada...

—Nada que no tenga solución. Una remesa de flores que no llega. Y son para una boda, así que debo solucionarlo cuanto antes.

No puedo apartar los ojos de ella. Está tan preciosa como siempre, con su pelo castaño recogido en lo alto de la cabeza dejando a la vista ese cuello que tantas veces besé aquella noche. Incluso con los vaqueros y una camiseta ancha está tan apetecible como siempre.

Sin poder evitarlo me acerco más a ella. Necesito oler su adictivo olor, llenarme de él. Mi polla

reacciona ante su cercanía, la reconoce y ansía volver a enterrarse en ella.

–Estás preciosa –digo muy cerca de su oído–. Mucho más de lo que recordaba.

–Gracias, Derek. Debo irme... – responde algo nerviosa.

–Déjame invitarte a un café... tenemos que hablar.

–Creo que eso no es buena idea después de...

–Gaby... es solo un café –suplico–. Creo que al menos nos debemos eso. –Eh... está bien. Pero un café rápido. Debo volver al trabajo.

Nos acercamos a una cafetería cercana, y pedimos nuestros cafés. El momento me recuerda a otro similar, en el que tanto la cafetería como nosotros éramos distintos.

Observo a mi ángel redentor con detenimiento. Sigue tan guapa como siempre, pero sus ojos no son los mismos. Su mirada es triste, vacía. Sé que es por mi culpa, por haber sido un auténtico gilipollas y haberme negado en su momento lo que tanto anhelo ahora mismo: estar con ella.

Acaricio suavemente su mano, y el corazón se me resquebraja cuando ella la aparta.

–¿Qué has hecho en este tiempo, Gaby?

–Pues... trabajar, Derek. Trabajar e intentar olvidarte.

–¿Querías olvidarme? –su respuesta me ha sorprendido... no creí que ella sintiese algo por mí.

–Supongo que para ti ha sido muy fácil pasar página, pero lo que pasó entre nosotros significó muchísimo para mí, y no consigo hacerlo aunque quiera.

–¿Crees que ha sido fácil? ¿En serio? –una carcajada amarga escapa de mis labios– Gabrielle... me he tirado dos putos meses borracho, sin recordar por la mañana lo que hice la noche anterior. Llevo tres semanas intentando ser mejor persona, intentando ser digno de una mujer como tú, y cuando lo consiga, cuando supere mis adicciones y mis gilipolleces, voy a volver a buscarte.

–Quizás sea tarde entonces. Quizás sea tarde ahora.

–No dudes ni por un solo segundo que las veinticuatro horas que pasamos juntos han sido las mejores de mi vida, Gabrielle, y si tengo que luchar por recuperarte lo haré.

–¿Te has parado a pensar que quizás yo no quiera estar contigo?

–No lo dices en serio –mi alma helada acaba de romperse en mil fragmentos.

–He pasado un auténtico infierno durante este tiempo, sin poder olvidarte, sin poder sacarte de mi cabeza. Y justo el día en el que me levanto con la determinación de pasar página me choco contigo. Esto debe ser una broma pesada del Universo, que confabula contra mí.

–Quizás es nuestro destino, Gaby. No podemos luchar contra eso.

Gabrielle se levanta de la mesa y me mira con tristeza. Esa mirada se clava en mi alma como miles de cuchillos afilados.

–Te pedí que nos dieras una oportunidad y te reíste. Tuviste la oportunidad de conservarme a tu lado y la dejaste escapar. ¿Qué ha cambiado, Derek?

–Yo... yo he cambiado.

–Pues vas a tener que demostrarlo. Y mientras lo demuestras yo voy a seguir con mi vida. Adiós, Derek.

–No, nena... Adiós jamás... mejor hasta pronto.

Mi demonio interior grita por ella, porque la persiga, la silencie con mis besos y la posea en el acto, pero mi parte racional sabe que debo dejarla escapar. Aún no está preparada, y la verdad es que yo tampoco.

Salgo del local y me encamino de vuelta a mi casa, hoy mucho más animado de lo que he estado desde que Gabrielle se fue. Al menos ahora sé algo que antes no sabía: Gabrielle me quiere, y también me necesita tanto como yo a ella, aunque se niegue a reconocerlo.

Realmente voy por el buen camino.

Capítulo 5

Son las nueve de la noche y me encuentro bajo la ventana de Gabrielle. Hace ya un mes de nuestro encuentro fortuito, y mis adicciones están superadas... sobre todo mi adicción al sexo. Sin ella ya no tiene sentido.

He conseguido superarlo, he conseguido que mi demonio interior no salte cada vez que veo unas buenas tetas o unas piernas largas, y todo es gracias a ella.

Observo como un imbécil la luz de su ventana esperando las migajas que quiera regalarme sin saberlo. Solo consigo ver su silueta, pero con eso me basta. Ya no puedo esperar más, necesito tenerla entre mis brazos. Pero tengo que prepararlo todo al milímetro para poder conquistarla como ella se merece. Nunca he sido un caballero, pero por ella lo intentaré.

La luz de su apartamento se apaga, y respiro hondo antes de darme la vuelta para alejarme creyendo que se ha ido a dormir, pero me paro en el sitio cuando veo a Gabrielle salir del portal.

Está realmente impresionante. Lleva un vestido negro que cae sugerente por una silueta que tan bien recuerdo y tanto ansío, y esos tacones de aguja que me vuelven loco. Apenas lleva un poco de maquillaje, pero sí el suficiente para que cualquiera que no la conozca no se dé cuenta de las bolsas que tiene bajo los ojos.

Me acerco despacio a ella, sin partar mi mirada de esos ojos tristes, y sonrío cuando ella me ve y da un respingo.

–Cualquiera diría que has visto a un fantasma –bromeo.

–No esperaba ver a nadie, y menos a ti. ¿Qué haces aquí?

–Pasaba por aquí y te vi salir del portal –miento descaradamente.

–Derek, me gustaría charlar contigo, pero debo marcharme.

–¿Una cita? –intento parecer amable aunque por dentro ardo de celos.

–Digámoslo así. Voy a un local que me han recomendado.

–¿Ah, sí? ¿Cuál?

–El Edén –confiesa en un susurro–. ¿Lo conoces, Derek?

Mi sangre hierve, mi demonio interior grita frustrado, y aprieto los puños hecho una furia.

–No vas a ir allí –escupo con rabia. –¿Perdona? Te recuerdo que no eres mi novio, ni mi dueño, ¡ni siquiera eres mi amigo! Puedo hacer lo que me dé la gana.

–¿Pero tú sabes lo que es ese local, Gabrielle? Es un club de intercambio.

–Lo sé. Ya te dije que quiero probar cosas nuevas. Voy para ver lo que ofrecen, porque quiero hacer un trío y me han dicho que es un local muy aceptable.

Mi paciencia tiene un límite, y ella acaba de superarlo. La aprisiono contra la pared y dejo mi boca a milímetros de la suya.

–No tienes ni idea de lo que me haces, ¿verdad, nena?

–Suéltame, Derek.

–No puedo... te juro que lo he intentado, pero sabe Dios que no puedo.

Uno mi boca a la suya... y por fin me siento completo de nuevo. Recorro sus labios con los míos suavemente, tanteando, esperando el rechazo, pero Gabrielle no puede evitar rendirse a lo que hay entre nosotros desde aquel día en la parada de taxis.

Cuando sus brazos me rodean la cintura, ahondo el beso, recorro con mi lengua los recovecos de esa boca que tan bien recuerdo, y un gemido se escapa de mi garganta cuando ella me agarra del culo y me aprieta contra su cuerpo. Lo está disfrutando tanto como yo aunque se niegue a reconocerlo.

Mis manos comienzan su avance, recorren suavemente sus costillas para rozar los costados de sus pechos, pero al sentir el íntimo contacto ella me empuja suavemente para apartarme, así que le dejo el espacio que me solicita, sintiendo al instante su ausencia.

–Deberías marcharte –susurra derrotada.

–Mi dulce Gabrielle... no voy a dejarte, no pienso rendirme ahora que soy digno de tenerte.

–Siempre lo fuiste, Derek, eras el único que creía lo contrario. Ahora ya es tarde.

–¡No! ¿Tarde? ¿En serio piensas eso? ¡Si acabas de derretirte entre mis brazos!

–Quiero experimentar cosas nuevas. Quiero explorar mi sexualidad. Y necesito no tener ataduras para ello.

–Explórala conmigo, nena... sabes que conmigo puedes hacerlo. –Necesito hacerlo con otras personas, Derek. Quiero conocerme a mí misma, ¿es que no lo entiendes?

–Puedes descubrirte conmigo, Gaby. No necesitas estar sola en ello. Yo te puedo guiar sin que corras ningún tipo de riesgo.

–¿En serio? ¿Serás capaz de soportar verme con otro hombre? ¿Podrás soportar que otro me folle mientras tú solo miras?

El dolor, los celos y la rabia deben haberse reflejado en mí cara, porque ella sonrío con tristeza y me acaricia suavemente la mejilla.

–Intentas parecer ser el Diablo disfrazado, pero no eres más que un hombre y sientes como tal. Debo hacer esto sola, Derek. No soportaría hacerte daño.

Por un minuto me quedo allí, parado en el sitio. Mi alma se deshace al pensar que la he perdido para siempre. “¡Lucha por ella!” grita mi demonio interior, “¡Es nuestra y no dejaremos que ningún cerdo la toque!”.

Me quedo mirando hacia donde ella se ha ido. Aún puedo distinguir su silueta en la penumbra. Mi alma grita “mía”, y mi determinación resurge y me hace que vaya tras ella.

Capítulo 6

El Edén es un local bastante singular. La decoración no difiere de la de cualquier pub de la ciudad. Luces tenues, colores oscuros y música a tope. En cuanto entro por la puerta me dan una máscara veneciana de color negro, que me pongo encantado. Así Gabrielle no podrá descubrirme.

A la derecha está la barra, en forma de L, y un par de mesas altas ocupadas por unas cuantas parejas. A la izquierda está la pista de baile y unos pocos sillones repletos de gente entrando en faena, y al fondo hay una puerta que supongo dará a la parte destinada al sexo.

Gabrielle se acerca a la barra, y tras unas palabras con el camarero, este asiente sonriente y la acompaña por la maldita puerta. No tardo ni un segundo en seguirla, y mi cabreo aumenta conforme voy descubriendo las salas que hay a continuación.

A la derecha, un arco en la pared me deja ver una habitación rodeada por completo de camas cubiertas de satén negro, cuyo único mobiliario extra es una mesa en el centro de la misma con una bandeja con condones y una caja de pañuelos de papel.

A la izquierda vislumbro infinidad de cubículos con gruesas cortinas negras sobre los cuales hay encendida una luz, roja, verde o amarilla, supongo que según las preferencias de las personas que hayan dentro de ser o no molestadas.

Gabrielle entra en una puerta que hay al fondo, y cuando el camarero se marcha y enciende la luz verde me cuelo tras ella. Enciendo la luz roja, no quiero que nadie nos moleste, y miro hacia ella. Está sentada en un sillón de cuero blanco, a mi derecha. A la izquierda hay una gran cama en forma circular y una pequeña puerta que lleva al cuarto de baño, y al fondo de la habitación un par de escalones dan acceso a un inmenso jacuzzi burbujeante. Haría lo que fuese por probar ese jacuzzi con Gabrielle, por hacerle el amor en él.

La noto tan tensa... estoy seguro de que no es esto lo que quiere, pero su obstinación no la deja ver la realidad. Se retuerce las manos nerviosa, sin percatarse aún de mi presencia,

intentando sin éxito parecer una mujer experimentada.

Necesito acercarme, acunarla entre mis brazos y decirle todo lo que siento, pero lo único que puedo hacer es mirarla sin intentar aliviar su tensión y su miedo cuando descubre mi presencia.

—Sé que no debería hablar, pero estoy un poco nerviosa. Es la primera vez que...

—Shh —la interrumpo bruscamente.

Me acerco lentamente a ella, la ayudo a ponerse de pie y acaricio su mejilla suavemente. La echo tanto de menos... desciendo mi caricia por su cuello, y ella aparta la cabeza para darme libre acceso. Poso mis labios en la curva de su hombro con delicadeza, y succiono despacio, activando sus terminaciones nerviosas con cada roce de su piel. Mi corazón se acelera y las ganas de estar dentro de ella empiezan a ser insoportables, pero tengo que hacer esto bien. He de ir despacio para no asustarla.

Con sumo cuidado me coloco tras de mi ángel y continúo mi asalto a su cuello mientras cubro su cintura con mis manos y comienzo el ascenso hasta su pecho.

Sus curvas me encienden, su sabor me embriaga, y cuando mis manos entran en contacto con su redondeado pecho no puedo reprimir un gemido. Siguen tan tersos, suaves y dulces como los recordaba.

Le doy la vuelta y comienzo a desabrochar los botoncitos que cierran su vestido por delante sin dejar de mirarla a la cara. Está tensa, se muerde el labio inconscientemente, y sus manos se retuercen a los costados de su cuerpo.

Acerco mi boca a la suya, pero ella aparta la cara y me susurra que no. Así que vuelvo a mi asalto por su cuello para tranquilizarla. Dejo caer el vestido al suelo, para descubrir que solo lleva debajo un minúsculo tanguita de encaje negro.

Me quito la camisa y el pantalón tan rápido como puedo, aunque me dejo los bóxers puestos para no terminar demasiado deprisa, y le tiendo una mano para que venga a tumbarse conmigo en la gran cama.

Tras un momento de duda, coge mi mano y se tumba boca arriba en la cama. Me pongo a su lado, y recorro su clavícula con leves pasadas de mi lengua. Ella gime, y sostiene con fuerza mi cabeza contra su piel cuando me doy un atracón con sus tetas. Succiono, chupo y muerdo sus pezones hasta que ella se retuerce contra mí. Introduzco un dedo en el tanga y recorro esa rajita deliciosa, pero aún no está como a mí me gusta: húmeda y dispuesta.

Deslizo mi boca por su estómago, lamiendo cada marca, cada uno de los lunares que tan bien recuerdo, y lamo el encaje de su tanga, que con la presión roza su clítoris, haciendo que gima extasiada por fin.

Le abro las piernas para situarme bien entre ellas, y continúo lamiéndola a través de la tela, pasadas lentas y precisas, hasta que sus jugos corren por sus muslos. La erección que me provocan sus gemidos me es dolorosamente familiar. Echaba de menos tenerla conmigo en la cama.

Me deshago con cuidado de la tela, deslizándola lentamente por sus piernas, y me la follo con la boca como llevo deseando tanto tiempo. Introduzco mi lengua en su delicioso sexo, y gimo cuando sus fluidos inundan mi boca. El recuerdo de aquellas veinticuatro horas inunda de nuevo mi mente para hacer que me dé cuenta de que no es la misma mujer, de que Gabrielle no se está comportando como lo hacía conmigo, y eso me da una satisfacción enorme.

Continúo lamiendo su clítoris hinchado con rápidas pasadas, y ella comienza a convulsionarse esperando la llegada del orgasmo, que tras un par de pasadas más la arrasa haciéndola gritar.

–¡¡¡Derek!!!

Mi nombre en sus labios hace que me tense, inspiro profundamente y la miro a la cara. ¿Será posible que me haya reconocido? No muevo ni un músculo, espero la recriminación que no llega. Gabrielle está desmadejada sobre la cama, mirando al vacío... y las lágrimas caen por sus mejillas como puñales que se clavan en mi alma. ¿Está llorando por mí?

–Eh... Shh... no llores más –le susurro con voz ronca. Me mata verla llorar.

–Lo siento... es yo... no puedo. –Claro que puedes, cielo. Mírame.

–De verdad, perdóname pero...

–Gabrielle... mírame.

Al oír su nombre susurrado por mis labios levanta sus ojos hacia los míos. Al principio su mirada parece vacía... pero su alma reconoce la mía, y suspira resignada.

–Debí haber imaginado que eras tú...

¿Qué haces aquí, Derek?

–Gabrielle, yo... he venido a buscarte. Tienes razón, no puedo soportar que otro hombre te toque.

–No puedo luchar contra ti... no soy tan fuerte –me dice derrotada.

–Nena... no quiero que luches contra mí.

–Jamás te han dicho que no, ¿verdad, Derek? Y eso te asusta. Por eso me persigues.

–¿De verdad crees eso?

–¿Y por qué si no? Tú no eres hombre de compromisos, ya me lo dejaste bien claro aquel día.

–Estoy aquí porque no puedo sacarte de mi cabeza, porque desde que no estás en mi vida me siento incompleto. Porque no soy capaz de seguir adelante si no te tengo conmigo.

–¿Y dónde quedó el hombre que me dijo que disfrutase del momento sin pensar en el mañana?

–Murió cuando te dejé marchar.

Da un respingo ante la crudeza y la desesperación de mis palabras, que seguramente no se esperaba. ¿En serio fui tan cabrón con ella? Me quita la máscara suavemente, y tras deshacerse de la suya, me acaricia la mejilla con el dorso de la mano y me besa. Su beso es tan hambriento y desesperado como los míos, y me rindo completamente a ella.

La abrazo con fuerza, y continuo asaltando su boca, su cuello, su clavícula... ella me tira del pelo para devolverme a su boca, y no puedo esperar más para estar dentro de ella.

Me coloco entre sus muslos y me introduzco en ella tan despacio que duele. Cuando estoy empalado hasta la empuñadura levanto la cabeza un poco y la miro directamente a los ojos.

–Así es como tenemos que estar, Gabrielle... justo así.

Comienzo mi vaivén desesperado, sin querer perderme ningún detalle de su cara, sus gemidos, sus miradas, porque soy plenamente consciente de que puede ser la última vez que la tenga entre mis brazos.

Ella se retuerce, gime, me clava sus deliciosas uñas en los antebrazos, y me insta a arremeter más fuerte, más profundo. Su sexo me aprieta como un guante hecho a medida, un guante de pura seda que me hace

arder. Jamás me había sentido así con ninguna mujer. Jamás había sentido la necesidad cruda de fundirme con ella hasta que su piel se confunda con la mía. Pero Gabrielle es distinta, es todo lo que yo necesito para obtener la redención.

Ella rodea mi cintura con las piernas y me aprieta fuerte contra ella cuando su orgasmo llega y hace que me corra con un grito de placer.

—¡Mía!

Capítulo 7

Llevo largo rato mirando al techo con Gabrielle dormida en mis brazos. No puedo sacarme de la cabeza que mi intento desesperado porque no sea de otro hombre puede hacer que huya de mí, pero no he podido evitarlo.

Mi pequeño ángel suspira, y se abraza a mí como si tuviese miedo a soltarme. Acaricio suavemente su cabello ondulado, y sus pestañas aletean en sus mejillas un instante antes de volver a caer en un profundo sueño.

Necesito hacer algo, tengo que hacerle ver que soy el hombre que ella necesita, pero he llegado a la triste conclusión de que para ello debe hacer lo que tenía pensado cuando vino a este local: experimentar.

Sé que seré incapaz de verla con cualquier desconocido metiéndose entre sus muslos. Solo de pensarlo mi demonio interior aúlla lleno de ira. Pero sé con quién seré capaz de soportarlo.

La observo mientras duerme, tan guapa como recordaba. Se nota que ha perdido peso, pero sigue siendo un ángel... mi ángel. Beso su frente suavemente y cuando me aparto veo que tiene los ojos abiertos, mirándome sonriente.

Esa sonrisa adormilada aligera un poco más el peso de saber que para recuperarla debo ponerla en brazos de otro hombre. Aunque ese hombre sea el único que conoce mis más oscuros secretos.

–Hola –susurra sonriéndome.

–Hola, preciosa. Deberíamos irnos.

–Lo sé, pero estoy tan a gusto aquí contigo... y no hemos utilizado ese jacuzzi tan maravilloso. Sería una pena irnos sin probarlo –ronronea la muy descarada.

Le sonrío, y tras darle un fugaz beso en los labios doy un salto y comienzo a vestirme.

–No te muevas. Regreso en seguida.

Tras ponerme los pantalones y la máscara voy a la barra para pedir la habitación una hora más. Es una tarea titánica, porque ya estaba reservada y tengo que sobornar al encargado y a la pareja para que me la cedan un poco más. Pero me he propuesto cumplir todos sus deseos, y este es ínfimo comparado con lo que me voy a ver obligado a hacer.

Cuando vuelvo a su lado me la encuentro sentada en la cama mirando el teléfono, que le arranco de las manos y apago antes de unirme de nuevo a ella.

–¡Derek! ¡Era importante!

–Solos tu y yo por una hora... vamos a estrenar esa bañera enorme.

Ella se ríe y se encamina al jacuzzi. Yo disfruto como un enano viendo el movimiento de ese culo

perfecto cuando sube los tres escalones que nos llevan a él.

El agua no está demasiado caliente, y enciendo el burbujeo tras echar unas pocas sales al agua. Rápidamente la estancia se inunda de un perfume refrescante, y ayudo a mi ángel a entrar en la enorme bañera. Nos sentamos uno frente al otro, y sonrío encantado cuando ella comienza a provocarme acariciando su cuello con dulzura.

–Así que quieres jugar a ser una diablesa...

–¿Yo? Soy inocente...

–No lo niegues... te gusta provocarme...

–Ajam –contesta sin dejar de mirarme.

–A este juego podemos jugar los dos.

Comienzo a pasar mis manos por mi pecho, untándolo de espuma, y de su garganta escapa un gemido antes de intentar acercarse a mí.

–No, ángel... has empezado el juego, ahora debes continuar. Tócate para mí.

–No es justo, Derek... necesito tocarte.

–Nadie dijo que la vida fuese justa.

Has jugado con fuego, pequeña... te toca arder.

Tras unos momentos de duda

Gabrielle reanuda sus caricias con su sensual sonrisa, y mi mano resbala inconscientemente hacia mi polla, que lleva dura desde que me he deleitado con el bamboleo de su bonito trasero.

Sus malos acarician sus pechos amasándolos, pellizcando sus pezones, apretando la carne entre sus dedos. Mi mano aprieta mi miembro mientras sus pasadas aumentan de ritmo.

–Vamos, nena... pellízcate más fuerte –obedece y jadeo–. Joder, nena... me pones a mil...

Ella baja sus manos por su estómago y llegan a su sexo, pero el agua y la espuma me impiden ver lo que hace.

–Siéntate en el borde y sigue tocándote –le ordeno.

Gabrielle me obedece sin rechistar, y abre sus piernas para poder acceder a su clítoris libremente. Pero necesito verla, necesito ver lo que esconde en su nido sedoso.

–Enséñamelo, nena... ábrete para mí.

Abre sus labios con dos dedos de una mano, y con la otra comienza a recorrer su coñito delicioso con

pasadas cadenciosas, de arriba a abajo, y volviendo al principio.

Me relamo muy... muy excitado, y mi mano ha tomado un ritmo delirante, apretándome con fuerza y moviéndose deprisa. Mi otra mano ha bajado inconscientemente y masajea mis testículos suavemente, aumentando vertiginosamente el placer. Necesito correrme, pero quiero que el espectáculo dure mucho... mucho más, así que paro mis movimientos por ahora y cuelgo los brazos por fuera de la bañera.

Gabrielle pasea su dedo corazón por su rajita, lo introduce despacio en su sexo, humedecido por su dulce miel, y lo arquea un par de veces en su interior para volver a su clítoris hinchado.

–Métete dos dedos dentro, nena.

Vamos... enséñame como te masturbas cuando yo no estoy contigo.

Mi ángel introduce de nuevo un dedo húmedo en su canal, y tras un par de movimientos hacia dentro y hacia fuera, se mete un segundo, y un tercero. Arquea la espalda, tensa sus piernas abriéndolas al máximo y acompaña sus acometidas con el roce de su pulgar en su clítoris hinchado.

¡Joder! Verla así, entregada, excitada y expuesta me calienta la sangre, y tengo que volver a agarrarme la polla, tengo que correrme con ella.

Me pongo de pie sin soltarla y me acerco a dos pasos de Gabrielle. Ella abre la boca instintivamente, y succiona mi miembro con una suavidad delirante.

¡Dioos! Ya no me acordaba de lo bien que lo hace... Estoy tan, tan cerca... el roce de sus dientes en mi glande me catapultan al orgasmo. Intento separarme de sus labios, pero ella me lo impide, y se relame traviesa cuando la tormenta amaina.

–Mala... has sido muy, muy mala...

–Te gusta que lo sea.

–No sabes cuánto.

Me arrodillo en el agua, abro sus piernas al máximo y entierro mi cara en su sexo, que está chorreando deliciosa miel caliente. Las pasadas de mi lengua son lentas al principio, pero cuando ella me aprieta la cabeza contra su coñito delicioso mi demonio toma el poder y la succiono con fuerza, con desesperación, alimentándome de sus gemidos, de sus estremecimientos, de sus convulsiones.

Cuando Gabrielle se agarra fuerte a mi pelo y se convulsiona en un orgasmo, me siento sobre mis piernas y la empalo de una sola embestida, al tiempo que entierro mi lengua en su boca.

El burbujeo del agua acaricia nuestros sexos añadiendo sensaciones al hecho de estar tan unidos, y cuando comienzo mi vaivén ella grita arqueando la espalda hacia atrás, acción que aprovecho para morderle los pezones sonrosados y duros de placer.

Ella me aprieta fuerte contra su cuerpo. Siento dolorosamente bien cómo sus uñas se clavan en mi espalda, y sus piernas me rodean atrayéndome más cerca si cabe. Yo también la necesito más cerca... necesito que mi piel se fusione con la suya... y cuando este pensamiento se forma en mi cabeza el

orgasmo nos arrasa y quedamos laxos en el agua, ya fría.

Capítulo 8

–Esto no significa nada, Derek.

–Lo significa todo.

Estamos tumbados en la cama, esperando que nuestras respiraciones se apacigüen cuando Gabrielle abre la boca. ¿En serio piensa que lo que ha pasado no significa nada?

–Debo irme –dice levantándose tras un suspiro.

–Yo te llevo.

–No hace falta.

–¡Por supuesto que hace falta! No voy a dejarte andar sola a estas horas cuando tengo el coche aparcado en la puerta.

–No me debes nada, Derek. Sigo pensando lo mismo que el otro día... necesito hacer esto sola para poder olvidarte.

–Escúchame bien, gatita revoltosa. Que no se te pase ni por un momento por esa cabecita loca que tienes que voy a alejarme de nuevo. Soy gilipollas, pero no estúpido, y sé que lo que ha pasado aquí esta noche no es un polvo pasajero. Así que sé una buena chica y acepta que te lleve a casa.

–Eres un creído.

–Lo sé... y también sé que te encanta.

Conduzco hasta su casa en silencio, sin soltar su mano, que acaricia mi muslo cuando debo cambiar de marcha. Una vez en su puerta, la acompaño al portal y la beso suavemente en los labios.

–Mañana te llamo –le digo antes de darme la vuelta, pero ella me detiene.

–Derek... quédate esta noche.

–Gabrielle, no sé si es buena idea. Necesitas pensar en todo esto.

–Por favor... quédate

–¿Está rogando?

–¿Estás segura?

–No quiero estar sola...

Su ruego es tan desesperado que le paso el brazo por los hombros y sin mediar palabra entramos en su casa. La verdad es que no es lo que esperaba de ella. Es un piso pequeño, con una sola habitación y muy

pocos muebles antiguos, que parecen haber sido comprados en un rastro. La decoración es escasa, y los pocos adornos que hay son sencillos.

Gabrielle se acerca despacio a mí y comienza a desabrocharme lentamente la camisa, pero no me mira a los ojos, le tiemblan las manos y sé que algo le pasa.

–Gabrielle... mírame –le digo levantando su mirada hacia la mía– ¿Qué te ocurre? Llevas mucho rato callada.

–Ahora me siento un poco avergonzada por lo que ha pasado. –¿Avergonzada por qué?

–¿Qué pensarás de mí? Estaba tan desesperada por olvidarte que iba a recurrir a un desconocido para tener sexo.

–Lo hiciste conmigo, nena.

–¡Pero no lo sabía! ¡Cuando me hiciste sexo oral no lo sabía!

–Gaby... me detuviste. Sin saber que era yo me paraste los pies.

–Pero pensaba hacerlo...

–¿Por qué no querías que te besara?

–No quería que nadie me hiciese olvidar tus besos. No quería que nadie mancillase tu recuerdo.

–Nena...

Asalto su boca con una ternura desconocida incluso para mí. Mi dulce Gabrielle... es lo mejor que me ha pasado en mi puñetera vida. Mi lengua entra en contacto con la suya despertando las brasas de la pasión, y ella continúa su tarea de desvestirme.

Pero estar en su casa me hace desear otras cosas, cosas que jamás había podido siquiera soñar. Deseo un hogar, una familia, y la añoranza se instala en mi pecho como un clavo al rojo vivo.

Ella debe notar el cambio en mí, porque se aparta suavemente y me abraza fuerte.

–¿Podemos solo dormir, Derek?

–Por favor... la verdad es que estoy algo cansado.

Es la primera vez que compartiré una cama solamente para dormir, y me siento como un niño abriendo su regalo de Navidad. Me dejo los bóxers para no caer en la tentación de volver a enterrarme en ella, y cuando vuelve del cuarto de baño con su camisón blanco de niña buena una sonrisa aparece en mis labios.

–¿Qué? –me pregunta cruzando los brazos sobre el pecho.

–Nada –pero la risa burbujea en mi garganta, y no puedo retenerla por mucho más tiempo.

–Derek...

–Cielo, es que estás tan... virginal... y cualquiera lo diría viendo cómo te mueves sobre mi polla...

–No te rías... no siempre llevo ropa interior sexy –me dice sonriendo.

Yo me he puesto serio de repente. Los pensamientos que me acosan no son para tomárselos a broma. ¿En serio cree que no está sexy vestida así? ¡Por Dios vendito! ¡Si tengo que hincarme las uñas en las palmas para no acercarme a desnudarla!

–¿Sabes, nena? He visto mujeres con todo tipo de lencería dedicada a seducir a un hombre, y jamás me había sentido tan seducido por una como en este mismo momento.

–Mentiroso...

–Estoy hablando completamente en serio, Gabrielle. Pareces un pequeño ángel que ha venido a mi vida para concederme la redención.

Se acerca a mí con cuidado, apoya sus manos heladas en mi pecho desnudo y me besa con una suavidad que me asusta. Es tan etérea que parece un fantasma, y debo abrazarla bien fuerte para cerciorarme de que es real, y no un producto de mi mente enfermiza.

Cuando nos metemos bajo las blancas sábanas de algodón, la abrazo acercándola a mi pecho y entierro la nariz en su pelo, que desprende aroma a lirios... un perfume ya tan conocido para mí.

Estoy un poco tenso, es una sensación extraña para mí tener a una mujer a mi lado sin pensamientos lujuriosos, pero ella acaricia mi espalda en círculos y me transmite la tranquilidad que necesitaba para poco a poco quedarme completamente dormido.

Creo que es la primera vez en mi vida que consigo dormir tranquilo de una sola vez... sin fantasmas que me asalten.

Capítulo 9

A las nueve de la mañana me dirijo al bufete con paso decidido. He visto a Gabrielle tan tranquila, tan en paz, que he sido incapaz de despertarla, pero le he dejado sobre la almohada una nota para que no se preocupe cuando se levante.

Como todas las mañanas, Cristine, mi eficaz secretaria de sesenta años (no quería arriesgarme a tener que despedirla por una noche de sexo cuando monté el bufete tres años atrás), me acerca un café y unas magdalenas de arándanos, mis preferidas.

–Buenos días, Derek, tienes una visita en el despacho.

–No tenía citas para esta mañana...

–Es Evan, que se ha presentado aquí antes de que yo llegase.

–No esperaba que viniese, pero me viene de perlas. Por favor, Cristine, que no me molesten, y no me pases ninguna llamada.

–De acuerdo.

En cuanto entro en mi despacho suspiro resignado. Mi incorregible amigo está bebiéndose mi mejor whisky, reservado ahora para los clientes importantes, repantigado en mi silla con los pies sobre la mesa como si estuviese en su propia casa.

–Baja tus sucios pies de mi mesa de caoba, Evan.

–Creí que tardarías menos en aparecer –espeta tras obedecerme– ¿Dónde demonios estabas? ¿O debo preguntar con quién estabas?

–Creo recordar que no tengo darte explicaciones de mi paradero diario. Que yo recuerde, sigo siendo mi propio jefe.

–Has estado con ella –su cara de asombro me arranca una carcajada.

–No sé a qué te refieres...

–¡Vamos hombre! ¡No seas cabrón! ¿Tengo o no tengo razón?

–La tienes. Ayer tuvimos una noche un poco complicada.

–Yo no diría que complicada si vienes de dormir con ella.

–Créeme, lo fue. ¿Te acuerdas del Edén? Pues mi dulce y virginal Gabrielle decidió experimentar cosas nuevas. Ayer pretendía follar con un extraño.

–¡Joder con la mosquita muerta!

–No te pases... Por suerte, el soltero disponible fui yo, y no tuve matar a ningún hijo de puta.

–Deduzco que la cosa terminó bastante bien, dado tu cara.

–Sí, gracias a Dios. Y eso me lleva a otro asunto de suma importancia que debo discutir contigo. Me has puesto las cosas muy fáciles viniendo a verme hoy.

–Sabes que te ayudaré en lo que pueda.

–Gabrielle quiere hacer un trío – suelto a bocajarro.

–¿Qué? ¡Ah, no... Ni hablar! Una cosa es hacerlo con una desconocida, Derek, pero ella es tu chica.

–Aún no lo es, y si quiero recuperarla debo hacerlo. Si quiero que se dé cuenta de lo que podríamos tener juntos tengo cumplirle esa fantasía. Y te aseguro que me hace tan poca gracia como a ti, pero eres el único en el que confío lo suficiente como para hacerlo.

–Estará buena, ¿no? Ya que tengo que follármela...

Mi sangre hierve, y antes de que pueda siquiera respirar le levanto de la silla cogido por el cuello.

–Como vuelvas a hablar así de ella te reviento la cara.

–Derek... suéltame... ¡lo decía de coña, joder! Acabas de demostrarme que esto es una puta gilipollez.

–¡Quizás lo sea! ¡Quizás lo único que consigo es alejarla más de mí! ¡Pero estoy desesperado, joder! ¿Es que no lo ves?

–Lo intentaré, ¿vale? Pero no creo que puedas con ello, y en el momento en el que vea el más mínimo vestigio de celos por tu parte me largo.

–Evan... es la mujer de mi vida, y si quiero tenerla debe darse cuenta de que soy lo que ella necesita. Te aseguro que podré con ello.

–¿Y de cuántas veces estamos hablando, Derek?

–No lo sé... quizás con una sola vez baste... o quizás no.

–¿Estás completamente seguro de que podrás con ello, Derek?

–No tengo elección.

–De acuerdo, pues dime cuándo será y allí estaré.

–El sábado en mi casa, sobre las 8. Aún no tengo demasiado pensado el plan de acción, así que te llamaré a lo largo de la semana para ultimar detalles.

–Como quieras.

–Y ahora vete, capullo, que tengo trabajo que hacer.

–Sinceramente, colega, espero que sepas en dónde te estás metiendo con esto.

Dicho esto, Evan se marcha, y yo me quedo solo con mi demonio interior, que está totalmente de acuerdo con que soy un gilipollas, que voy a perder a mi mejor amigo y a la mujer que necesito, que no voy a ser capaz de soportarlo.

Pero debo hacerlo por ELLA.

Capítulo 10

Hoy es el día en el que pondré a prueba mi determinación, mis celos... y mi cordura. Estamos a sábado, y todo está preparado al milímetro para ella.

Apenas nos hemos visto a lo largo de la semana debido a la cantidad de trabajo que ambos hemos tenido. Ir a cenar, o a ver una película en el cine, pero el sexo ha brillado por su ausencia.

El antiguo Derek habría aullado frustrado, pero el de ahora está en paz, porque unos minutos en su compañía me dan la paz que tanto necesito.

Es por eso que he quedado con ella antes de que llegue Evan. Tengo pensado seducirla, suavizarla, y aliviarme un poco yo también, pero completamente solos.

Gabrielle llega tan puntual como siempre. Tenemos dos horas por delante antes de que llegue Evan y la comparto con él, pero por ahora es toda mía.

Está preciosa, como siempre. Se ha puesto un vestido vaporoso en un tono rosado, y unas sandalias de tiras a juego. Apenas lleva maquillaje, y es un detalle de ella que me encanta. Estoy cansado de modelos de revista que cuando se quitan todo el maquillaje parecen otra persona.

Lleva el pelo suelto, y sus ondas castañas brillan bajo la luz de la lámpara, atrayéndome como la miel a las abejas. Parece una princesa. Mi princesa.

En cuanto cierro la puerta, la aprisiono contra ella para saborearla, el único placer que he estado disfrutando durante toda la semana. Ni siquiera la estoy tocando, no me fío de mí mismo si lo hago. Apoyo los antebrazos en la puerta, a ambos lados de su cabeza y bajo mi boca hacia la suya.

Recorro la suya con suavidad, explorando sus rincones, y muerdo suavemente su labio inferior, haciendo que su boca se abra con delicadeza. Mi lengua juega con la suya apenas unos segundos, y termino el beso antes de no poder contenerme y empotrarla contra la puerta.

—Hoy va a ser un día especial... y quiero que nos lo tomemos con calma, ángel.

—Me encantan las sorpresas —yo sonrío al oírla, porque no se espera lo sorprendente que va a llegar a ser.

—Entonces creo que vas a delirar de placer, cielo.

La cojo de la mano y la llevo a mi habitación. Verla de nuevo en el mismo sitio donde se hizo imprescindible para mí hace que sienta una opresión en el pecho, pero la aparto de mis pensamientos y comienzo a deslizar los tirantes de su vestido por sus suaves hombros.

Beso suavemente su piel, subiendo por su cuello hasta el lóbulo de su oreja, y lo enrojeczo con un pequeño mordisco. Ella gime encantada y se agarra a mi cintura evitando desvanecerse. Vuelvo a besarla, esta vez con más ansias. Mis manos acunan suavemente sus pechos, que han escapado del confinamiento del vestido, y sus pezones se endurecen al contacto de mis pulgares.

Mi ángel siempre está tan dispuesta y receptiva... esta noche sobran las palabras... desabrocho la cremallera del vestido, que cae como un río de seda por sus piernas, cubiertas con unas medias sujetas por una liga. Se ha propuesto volverme loco y va a conseguirlo.

La tumbo suavemente en la cama y me coloco a su lado, para poder acariciarla a placer. Resigo con el índice el elástico de las medias, y suelto los cierres de la liga para deslizar la media por su pierna. Lamo con cuidado las marcas que el elástico ha dejado sobre su piel, y cuando se la saco por completo succiono uno a uno los dedos de sus pies.

Repito la operación con la otra pierna, y cuando levanto la vista hacia ella la veo excitada, arrebolada y dispuesta. Me acerco a su tanguita de encaje, a juego con el ligero, y lo deslizo un poco por las piernas, pero lo dejo a la altura de las rodillas para impedirle separar sus delicadas piernas. Introduzco el dedo corazón entre los pliegues de su sexo, apenas abierto por las restricciones del encaje, y acaricio su abertura despacio, para cerciorarme de que ya está jugosa, como a mí me gusta.

Me deshago del tanguita y lo guardo en el cajón de mi mesilla, en donde aún descansa el que le quité aquella vez, el que me ha acompañado en mi locura. Me sitúo junto a ella y comienzo mi festín.

Subo mi mano deslizándose por su muslo hasta su cadera a la vez que rodeo sus pezones con mi lengua, consiguiendo que se arquee y gima de gusto. Bajo mi boca hasta su ombligo, donde me recreo con pasadas remolonas, y me sitúo entre sus piernas para mirarla ardiendo de deseo.

—Voy a comerte hasta que te corras en mi boca, nena... ¿te gusta la idea?

—¡Joder, Derek! ¡Cállate y hazlo!

Su frustración me arranca una carcajada. Me encanta cuando se pone agresiva desesperada por correrse... pero acerco mi boca lentamente para succionar su clítoris hinchado. Ella grita, se retuerce, se agarra con fuerza a las sábanas, y cuando le meto dos dedos dentro ella explota en un delicioso orgasmo que inunda mi boca de sus jugos salados.

Me pongo de pie, y la observo respirar con dificultad mientras me desnudo lentamente, para situarme sobre ella y pegar mi cuerpo al suyo, sin penetrarla.

—Pase lo que pase hoy, nena, recuerda este momento.

Me hundo en ella lentamente a la vez que mi lengua se hunde en su boca, y comienzo un movimiento lento, cadencioso, sin separar mi boca de la suya en ningún instante.

Es la primera mujer con la que realmente hago el amor. La primera vez fue aquel día, antes de dejarla marchar. Esta vez no pienso cagarla, no pienso dejar que mi demonio la espante de nuevo.

El orgasmo de mi chica está cerca, y sus músculos vaginales me estrujan de una forma tan dolorosamente placentera que cuando ella se tensa yo me corro con ella.

Capítulo 11

Gabrielle está dormida en mi cama, cubierta solamente por una sábana de satén. Llevo largo rato simplemente así, observando su descanso, aprendiéndome su rostro para no olvidarlo mientras viva. Pero la hora se acerca, y Evan llegará de un momento a otro.

La beso suavemente en la mejilla, la sien, la cabeza, y ella aletea sus pestañas antes de dedicarme una de sus preciosas sonrisas. Continúo besándola, esta vez en la boca, acariciando su piel para relajarla, pero la llave en la cerradura de la puerta hace que se siente y me mire horrorizada.

–¿Derek? –pregunta horrorizada.

–¿Confías en mí? –ella asiente– Te dije que iba a cumplir todos tus deseos, así que... te presento a Evan.

Mi mejor amigo no se acerca, no habla, solo se apoya en el quicio de la puerta y le dedica una de sus encantadoras sonrisas. Ella se muerde el labio nerviosa, cubriéndose con la sábana hasta la barbilla, pero le saluda educadamente antes de posar su mirada suplicante sobre mí.

Su reacción me despierta una ternura enorme. Solo quiero abrazarla, acunarla entre mis brazos y echar a Evan de una puta vez de aquí. Pero sé que debo hacerlo por ella.

–Nena... no va a pasar nada que tú no quieras que pase, te lo prometo, pero sé que querías experimentar, y quiero que lo hagas. Evan es mi mejor amigo. Ya lo hemos hecho antes, y es la única persona a la que te confiaría.

–Estoy muy nerviosa, Derek – susurra.

–Lo sé... pero conseguiré que te relajes muy pronto. ¿Seguimos adelante?

Mi demonio interior está ansioso porque ella se niegue, por mandarlo todo a la mierda y quedármela para mí solo, pero Gabrielle asiente y nos mira alternativamente a uno y a otro.

Evan me mira, yo asiento, y se sienta en el sillón de orejas que hay al lado de la cama, simplemente mirando, sin pasar a la acción hasta que yo se lo diga.

Destapo a mi chica por completo para que Evan pueda darse un festín con su cuerpo, y mientras susurro en su oído palabras tranquilizadoras subo la mano desde su tobillo hasta el muslo, poniéndole la piel de gallina y tensando su estómago.

Concentro mis caricias en su clítoris sin apartar mi boca de la suya. Lo recorro suavemente en círculos, y cuando ella se relaja rompo el beso e introduzco dos dedos en su canal, ya anegado de sus flujos.

Cuando cierra los ojos le hago señas a Evan para que se acerque, y mientras pego mi boca a su coño para lamerla a conciencia, Evan se acerca a sus pechos y succiona sus pezones con delicadeza.

Mi demonio interior grita, se retuerce, se niega a dejar que otras manos acaricien su piel. Pero debo acallararlo, esto es para ella, y para mí, que dependo de que se dé cuenta de que no necesita a nadie más que a mí. Sigo mis pasadas de lengua en su clítoris. Gabrielle se retuerce, aprieta la cabeza de Evan sobre su pecho con una mano y con la otra me insta a mí a que la devore bien, y tras un par de pasadas más de mi lengua y un par de movimientos de mis dedos en su interior ella se corre con un grito.

Se queda desmadejada en la cama, los brazos y las piernas abiertas, y Evan comienza a desvestirse sin dejar de mirarme. Está atento a todos mis gestos, para saber cuándo y cómo actuar, así que me deshago del pantalón de pijama y me siento a un lado de Gabrielle con la espalda apoyada en el cabecero.

Evan se tumba al otro lado y tras dedicarle a ella una sonrisa tranquilizadora me mira.

—¿Puedo? —susurra.

Yo solo asiento, y Evan comienza a lamer, chupar y morder todo el cuerpo de Gabrielle, excepto su boca, que me pertenece.

Aunque los celos me están corroyendo, su lengua recorriendo los pezones de Gabrielle hace que me excite, y la mirada lasciva que ella dedica a mi polla dura como el mármol me anima a acariciarme mientras los veo jugar.

Evan baja por su ombligo, y cuando llega a su sexo lo lame suavemente, con delicadeza, como si fuese una delicada flor a punto de romperse.

Pero ella no aparta sus ojos de los míos, no toca a Evan, no lo incita. Su mano cubre la mía, y me ayuda a masturbarme arrancándome gemidos que se acompañan con los suyos. Las lamidas de Evan la vuelven a llevar al orgasmo, y la coloca a cuatro patas para ponerse un condón y enterrarse en ella.

—¡Joder! —es todo lo que Evan atina a decir cuando se detiene un segundo para absorber las sensaciones.

Mi demonio interior grita, pero yo me siento excitado. Es una tortura sentirme así. Por un lado quiero que pase, pero por otro me matan los celos. ¡Ella es mía, joder!

No puedo más, necesito sentirla más cerca, así que me sitúo de rodillas frente a ella y con una caricia en su cabeza consigo que se meta mi polla en la boca, hasta que toco el fondo de su garganta.

Imita las embestidas de Evan en mi miembro, y con cada succión, con cada pasada de su lengua me acerco más y más al orgasmo.

Poco a poco sus lamidas son más rápidas, más fuertes, y cuando ella se corre me lleva con ella al paraíso. Evan grita, se tensa y se corre, derrumbándose sobre su espalda, y tras besarla suavemente en la mejilla nos deja solos, cerrando la puerta tras de sí.

Nos quedamos largo rato así, simplemente abrazados tumbados sobre la cama, intentando que nuestras respiraciones se apacigüen. La respiración... y mi cordura, porque si Evan no llega a irse de la habitación lo hubiese tumbado de una hostia.

Cuando la tormenta amaina y llega la calma, Gabrielle se coloca sobre mí y me besa dulcemente en los labios.

–Gracias –me susurra.

–¿Todo bien? –le pregunto a mi preciosa chica.

–Me ha encantado... pero me siento un poco avergonzada.

–Nena... no tienes que estarlo. Evan entiende este mundo muy bien, y no va a juzgarte por un tonto juego sexual.

–¡No voy a poder mirarle a la cara!

–Claro que podrás. Es un gran tipo, nena... ya lo irás conociendo con el tiempo.

La abrazo fuerte contra mi pecho y me quedo simplemente así, disfrutando de la sensación, hasta que pocos minutos después Gabrielle cae dormida.

Pienso en lo que ha pasado. A fin de cuentas no ha sido tan malo. Ha habido veces que no he podido controlarme, que no he podido dejar de lado mis celos y mi instinto protector, pero la mayor parte del tiempo he disfrutado. Sí... estoy dispuesto a repetirlo por ella.

En ese momento no pude llegar a imaginar lo que iba a arrepentirme de mis decisiones... con el tiempo.

Capítulo 12

Cuando salgo de la habitación, Evan está apoyado en la isla de la cocina bebiéndose una botella de agua completamente vestido de nuevo, listo para marcharse si se lo pido.

–¿Todo bien? –pregunta mirándome fijamente.

–Sí... se ha quedado dormida. Creo que ha sido intenso para ella.

–Me alegro de que ella esté bien, Derek, pero me refería a si tú estás bien.

–Sí, estoy bien. Aunque me sorprenda, en vez de cabrearme al verla contigo me he puesto muy cachondo.

–Eso es buena señal.

–Sí, y sé que ella también lo ha disfrutado. Al principio estaba nerviosa, pero después ha sacado a la diablesa que lleva dentro.

–No me habías dicho que tu chica es un bombón.

–Es perfecta, eso sí te lo dije.

–¿Piensas repetir?

–¡Joder, sí! Verla tan excitada y manejable me vuelve loco. Y sé que ella también querrá.

En ese momento Gabrielle sale de mi habitación ataviada únicamente con una de mis camisas. ¡Joder! Está tan deseable como con ese conjuntito sexy que traía puesto, y mi polla ya está levantando la tienda de campaña en mi pijama.

Abro los brazos y ella se refugia en ellos muerta de vergüenza, así que tras una carcajada y un beso en los labios la sitúo sobre la isla.

–¿Entonces te gusta mi chica, Evan?

Gabrielle me pega un manotazo en el brazo mortalmente abochornada, y Evan me guiña un ojo y la mira de arriba a abajo antes de responder.

–La verdad es que está realmente buena, Derek... tu chica es un pequeño bocado muy delicioso.

Desabrocho la camisa de mi ángel lentamente, relamiéndome a cada pedazo de piel que queda descubierta, y cuando se la quito por completo la tumbo en la isla con las piernas bien abiertas.

Ella vuelve a estar nerviosa, pero sabe lo que viene a continuación, así que se deja hacer como una buena chica. Saco de la nevera un bote de nata montada y me acerco a su coñito depilado, le pongo un montoncito encima y la chupo suavemente.

–Mmm... Sí, Evan... Gabrielle es un bocado delicioso, pero probarla con nata es rozar el Nirvana.

Evan me quita el bote de las manos y vierte un poco de la crema en uno de los pezones de Gabrielle, para después retirarlo con la lengua en lentas y certeras pasadas.

–Tienes razón, Derek, con nata sabe muchísimo mejor.

Nos vamos pasando el bote de nata para embadurnar a Gaby por todas partes, y cuando mi chica es una enorme tarta sobre la mesa de la cocina comenzamos a limpiarla con la lengua, cada uno por un extremo.

Ella grita, jadea, se retuerce y respira con dificultad. El primer orgasmo llega cuando yo retiro la nata de los labios de su sexo con lengüetazos certeros, el segundo cuando Evan le come las tetas con avaricia.

Hemos acabado pringados de nata y muy, muy cachondos. Cojo a Gabrielle en brazos y la llevo a la ducha. Evan y yo nos desvestimos y la acompañamos en el acto.

Yo la enjabono por delante, Evan por detrás. Cuando mi mano enjabonada se entretiene en su clítoris, Gabrielle ataca mi boca como una gata salvaje, y sujeta mi polla con una mano y la de Evan con la otra.

Nos masturba al unísono, y ninguno de los dos puede mantener el equilibrio, por lo que ambos debemos apoyar la espalda contra las frías baldosas. Pero cuando a ella la recorre el tercer orgasmo de la noche se pone de rodillas y empieza a comérmolas, alternando entre uno y otro. Me chupa a mí mientras masturba a Evan y viceversa, hasta que mi amigo se corre en las losas de la pared y yo lo hago en sus dulces tetas.

Nos duchamos en serio y nos metemos los tres en mi cama, con ella en el centro, con idea de dormir, pero mi teléfono suena en ese puto momento.

–¡Joder! Esperad un minuto.

Les dejo relajados en la cama, para que aprovechen y se conozcan un poco más, mientras atiendo la dichosa llamada. No reconozco el número, así que debo descolgar por narices.

–¡Dígame! –mi tono es demasiado brusco, pero no puedo evitar el cabreo que tengo por la interrupción. –Derek, soy Marguerite.

¡Maldita sea! Marguerite es una cincuentona con mucho dinero y demasiado tiempo libre. Su marido es mi mejor cliente, el que más dinero me deja, y tengo que aguantarla. Ya he tenido varios roces con ella debido a que por cojones me quiere en su cama, y la verdad es que yo no estoy por la labor de follarme a una mujer madura, y más teniendo a Gabrielle.

–Señora Simmons –pongo una distancia entre nosotros que espero que pille a la primera–, son las doce de la noche de un sábado, ¿no puede esperar al lunes?

–Derek, cielo, no te enfades conmigo. Mi marido está en el calabozo, y necesito que le saques de allí.

–¿Qué ha sido esta vez?

–Una pelea en un restaurante. Ya sabes lo mal que le sienta la bebida...

Suspiro resignado, porque tiene razón. Joshua Simmons es un desgraciado alcohólico con mucho dinero.

Gracias a la cantidad exorbitada que me paga puedo permitirme defender a víctimas de violencia doméstica sin cobrar mis honorarios, y debido a mi pasado es algo que necesito hacer.

–En un momento estaré allí.

–Gracias, Derek, sabía que podía contar contigo.

Me acerco al dormitorio, donde Gabrielle ya está dormida, y Evan me mira interrogante.

–Debo salir... mi mejor cliente está en la cárcel.

–Tranquilo, tío. Ve.

–Cuida de ella hasta que vuelva... –Seguro que no tardas. Vete ya.

Me visto y cierro suavemente tras de mí la puerta de mi apartamento, sin saber que ese acto iba a ser el detonante de mi nuevo Infierno.

Capítulo 13

Marguerite Simmons se acerca coqueta cuando llego a la comisaría. Me cansa su comportamiento, pero debo aguantarla lo mejor que pueda si no quiero que convenza a su marido de que se busque a otro abogado.

—¡Derek! Gracias a Dios que llegaste.

—Señora Simmons, sacaremos a su marido de aquí en un momento, voy a hablar con el comisario y a rellenar los papeles pertinentes.

—Espera, antes podríamos ir a tomar... una copa. A fin de cuentas mi marido se merece lo que le está pasando.

—No tengo tiempo ni ganas de tomarme una copa, señora Simmons.

Cuénteme lo que ha ocurrido para que solucionemos el problema y pueda irme a casa.

—¿Solo? Podrías irte acompañado...

—Créame... valoro mucho mi soledad. Y ahora cuénteme lo que ha pasado o me marchó.

—Joshua ha llegado a casa como siempre, bebido, y ha insistido en salir a cenar fuera. En el restaurante ha pedido una copa, y el maître le ha aconsejado que no beba más alcohol. Ya conoces a mi marido... se ha puesto como un energúmeno y le ha dado una paliza al pobre hombre.

—Entiendo... señora Simmons, deberá pagar una fianza para sacar a su marido de aquí, pero eso no lo exime del juicio que deberá sufrir por haber agredido a otra persona.

Sacamos a mi cliente de la cárcel, pero está tan bebido que debo ayudar a su mujer a llevarlo a su casa. Cuando voy a salir por la puerta, Marguerite se me echa encima como una gata en celo, y debo apartarla antes de que su boca pringosa de gloss roce la mía.

—Señora Simmons... le he dicho un millón de veces que yo no me acuesto con mujeres casadas.

—Puedo darte más placer del que puedes llegar a imaginar...

—Lo dudo mucho, Marguerite.

Déjame ir, o me aseguraré de que tu marido te quite esa maravillosa asignación que tanto valoras.

Ella se aparta frustrada y desaparece por la puerta de su habitación dando un portazo. Suspiro cansado... otra pequeña batalla ganada.

Cuando vuelvo a casa la estampa que me encuentro hace que mi demonio interior amenace con hacer su aparición. Gabrielle está sentada en el sofá solo con una camisa, bebiendo y riendo con Evan.

¿Por qué una actitud tan normal me está pareciendo una amenaza? Aparto de inmediato mis pensamientos

y mis celos.

Evan no sería capaz de hacerme algo así.

Me acerco a ellos y me siento en el sillón más pequeño después de coger un refresco del frigorífico. Hace poco tiempo que dejé mi adicción, y no creo que sea muy acertado probar el vino.

Gabrielle no me decepciona, y se levanta de su lugar junto a Evan para sentarse en mis rodillas y darme un suave beso en los labios.

—¿Todo bien? —pregunta mi amigo.

—Sí, aunque lidiar con los Simmons no es nada fácil. Espero que haya aprendido la lección.

—En ese caso yo me voy —contesta levantándose—. Espero que volvamos a repetir, macho, ha sido un día interesante.

En cuanto Evan sale por la puerta Gabrielle se sienta a horcajadas y comienza a desabrocharme la camisa.

—Mmm... Así que mi gatita tiene ganas de jugar...

—Ajam —dice antes de asaltar mi cuello.

—Nena... vas a volverme loco...

—Eso es lo que pretendo.

Asalta mi boca, hunde su lengua en ella y me abraza fuerte con sus piernas y sus brazos. La pasión que siente es nueva, distinta a la que hemos compartido, y mi demonio ruge y se retuerce, pugnando por salir.

La cargo en brazos y la llevo a la cama, donde le arranco la camisa, haciendo que los botones vuelen por la habitación en todas direcciones, y la dejo totalmente desnuda para mí. Saco del cajón las bolas chinas, aquellas que exploraron su culo aquella vez. No he vuelto a usarlas desde entonces, reservándolas para ella, y estoy deseando volver a ver como se retuerce.

Las unto de lubricante y se las meto en el sexo, acciono el mando y las vibraciones arrancan gemidos de su boca. Paso la lengua por su cuello, y me doy un festín con sus deliciosas tetas, que mi demonio cree mancilladas por las caricias de Evan.

Me ha costado mucho aplacar a mi bestia aunque haya dicho lo contrario... succiono su piel hasta marcarla como mía, y muerdo su pezón con fuerza, rozando el límite de la cordura. Me empacho de su piel, y bajo por su estómago hasta encontrar ese botón hinchado que tanto me llama, que me suplica por más caricias.

Lamo suavemente sus labios, los humedezco, los cato... y después me lanzo desesperado a arrancarle un orgasmo lamiendo su clítoris.

—¡Oh, joder... Derek! ¡Más... quiero más!

Cuando siento que su cuerpo se tensa en espera del orgasmo apago las bolas chinas y paro mis caricias.

—¡No pares! ¡Derek no pares!

Unto su culo de lubricante y me meto despacio en él... necesito sentir como me succiona, como me aprieta, como grita de placer.

Cuando estoy dentro acciono de nuevo las bolas y comienzo a moverme deprisa.

—¡Joder, nena... cómo me pone follarme este culito!

—¡Sigue Derek... no pares! ¡Joder, no pares!

La vibración de las bolas chinas en mi polla es... la puta ostia. Mis investidadas aumentan el ritmo, mis dedos se clavan en la carne de su cintura, me tenso, grito... y me corro cuando Gabrielle grita mi nombre.

Capítulo 14

Tras una semana sin ver a Gabrielle por mi puto trabajo, hemos vuelto a quedar con Evan. Cada vez que pienso en ello vuelve a mi mente la imagen que me encontré al volver a casa el sábado pasado.

Mi demonio sigue pensando que estaban demasiado... cariñosos, por decirlo de alguna manera. Su actitud hace que me pregunte si pasó algo entre ellos durante mi ausencia. Yo intento pensar que son imaginaciones de mi mente enferma. Evan no se atrevería a tocar a mi chica sin mi permiso, y mucho menos sin estar yo delante. Fin de la historia.

Echo la culpa de estos pensamientos a mi frustración, que es del tamaño de Canadá, por no haber podido ver a Gabrielle ni una sola vez en toda la semana. Hemos hablado por teléfono casi cada noche, llegando algunas veces a subir tanto la temperatura que hemos terminado teniendo sexo telefónico, pero necesito sentirla junto a mí, aunque el sexo no entre en la ecuación.

Hemos quedado en que ambos vendrán a mi casa, que se ha convertido en el punto de encuentro para cumplir las fantasías de Gabrielle. Es el lugar donde me siento más cómodo, y necesito estarlo para poder compartir a mi ángel.

Tengo una botella de champán en el frigorífico, las copas en la mesa del salón... y mi polla erecta y expectante. Sonrío al pensar en todo lo que tengo preparado para mi dulce ángel, pero esa sonrisa muere en mis labios cuando los veo llegar juntos a mi apartamento... con el brazo de Evan sobre los hombros de Gabrielle. ¡¿Pero qué coño?!

Encierro en lo más profundo de mi alma los celos irrefrenables que siento, y me acerco a ellos con una sonrisa, aunque estoy seguro de que se dan cuenta de que es forzada.

—Evan... aparta tus sucias manos de mi chica. ¿Venís juntos?

—Nos hemos encontrado en la puerta... parece que nos pusimos de acuerdo —contesta Evan sonriéndole, aunque quita su brazo de donde estaba.

Y en ese momento me muero de ganas de partirla todos los dientes de la boca. Tranquilízate, Derek... solo son imaginaciones tuyas.

Nos tomamos un par de copas de champán (bueno, yo vuelvo a repetir con el refresco) relajados en el sofá, con Gabrielle sentada entre los dos. El sencillo vestido que se ha puesto nos deja a ambos libre acceso para colar la mano por debajo, acariciando sus muslos suaves, su coñito depilado, libre del confinamiento de las bragas... La muy descarada ha venido sin ropa interior.

Evan ataca su clítoris con sus manos y yo introduzco dos dedos en su sexo con las mías, y aunque respira con dificultad y los gemidos se escapan de su boca, Gabrielle se queda quieta, laxa entre los dos.

Bajo los tirantes del vestido, dejando al descubierto sus pechos, que tienen ya los pezones duros como rocas.

Sin dejar nuestra tarea por debajo de la falda atacamos sus pechos, cada uno se decanta por un montículo,

y ella se retuerce y gime. Tras hacerle una silenciosa señal a Evan, ambos nos levantamos, dejando a Gabrielle gimiendo frustrada.

Nos desnudamos ante la atenta mirada de mi chica, que se deshace de su vestido con un contoneo sexy, y nos sienta a ambos en el sofá completamente desnudos y empalmados.

Ella se pone de rodillas entre ambos, y acaricia nuestros miembros a destajo, subiendo por el tronco y bajando hasta los huevos.

Cuando se mete mi polla en la boca me hace gritar. No ha soltado la de Evan, pero se da un festín digno de una reina, succionando, lamiendo, mordiéndome a cada embestida que doy inconscientemente.

Cuando su lengua pasa a saborear mis testículos estoy rozando el Nirvana. Estoy a punto de correrme, así que la aparto con cuidado, y ella se gira para comerse a Evan hasta el fondo.

Mis manos no pueden estar quietas, y acaricio sus pezones mientras la miro, tan desinhibida, sexy, deseable. Me siento en el suelo detrás de ella, y mientras ella sigue succionando la polla de Evan me doy un banquete con su coño, que está inundado de su deseo.

La chupo con fuerza, atrapando su clítoris entre los dientes y haciéndola jadear. Mis pasadas aumentan de ritmo, y cuando ella se tensa, la follo con la lengua, introduciéndola en su sexo, y saboreando su orgasmo cuando este la arrasa.

Pero quiero más, necesito más, y la insto a que se siente a horcajadas sobre Evan y se deje follar. Acercó mi polla a su dulce boca, y ella vuelve a succionarme de esa manera tan dulce que tiene de hacerlo, acercándose nuevamente al orgasmo.

Me aparto de ellos un momento, intentando recuperar la cordura. Verla botar sobre Evan, ver cómo le da pequeñas palmadas en ese precioso trasero, me está volviendo loco, y tras untarle un poco de lubricante en el culo la empalo de nuevo y comienzo a moverme.

¡Joder! ¡Esto es la ostia! Si de por sí ella está apretada, con la polla de Evan pujando en su coñito lo está aún más... El roce de mi polla contra la de Evan, separada únicamente por una ínfima piel, me va a catapultar al orgasmo antes de lo que me gustaría.

—¡Joder... me corro... me corro! — grita Evan.

Sus palabras catapultan a Gabrielle a otro orgasmo, y las contracciones de su sexo hace que ambos nos corramos en el acto.

Caemos desmadejados en la alfombra, un amasijo de piernas y brazos, y cuando recuperamos la calma Evan se marcha al cuarto de baño.

Me coloco sobre Gaby, y la beso en los labios suavemente... pero mi demonio ruge bajo su contacto, y poco a poco el ansia me corroe, me consume. Mi demonio grita que la marque como mía, que limpie lo que las manos y la polla de Evan han ensuciado.

Es irónico que verla con Evan me ponga como una moto, y cuando este sale de la habitación los celos me corroen como un cáncer.

Devoro de nuevo su boca, mis dientes chocan con los suyos por la prisa de comérmela entera, y antes de que pueda recuperar la cordura estoy enterrado en ella. Me la follo con fuerza, apretando sus senos, impactando con mis huevos en su culo, y ella me rodea con sus piernas y me clava las uñas en los brazos.

–¡Joder Derek... sí!

–Te gusta... ¿eh, gatita?

–Me encanta... ¡me vuelves loca!

Levanto la vista y veo a Evan parado en la puerta del baño, apretándose la polla sin apartar la vista de nosotros, y mi demonio se siente triunfante. “Mira bien, Evan... ¡es nuestra!” grita eufórico. Le doy la vuelta a mi chica, la pongo a cuatro patas y continúo follándomela, instándola a ver como Evan se masturba viéndonos follar.

–Te gusta que nos mire, ¿verdad, nena? Te gusta que se ponga cachondo viendo cómo te follo –le susurro.

–¡Sí... joder sí!

–Vamos, nena... córrrete para nosotros...

En ese momento los chorros de semen caliente de Evan ensucian el suelo cuando se corre con un grito, y tras un par de embestidas más Gabrielle y yo le imitamos... aunque yo lo hago en el paraíso de su sexo.

Capítulo 15

Vuelvo a casa tras otro día de mierda en el trabajo. Parece que el Universo conspira contra mí, porque los únicos encuentros que tengo con Gabrielle son aquellos en los que entra Evan. Y me jode... y a mi bestia también.

Hace tres días que no puedo verla porque ha tenido mucho lío en la floristería. Antes de ella no me interesaba quiénes fuesen mis amantes. Pero me sentí orgulloso al enterarme de que mi chica es la florista más solicitada del país.

Entro en el chino que hay de camino a mi casa para llevarme algo para cenar. Pero me quedo parado en el sitio cuando veo a Evan cenando... con Gabrielle.

Me quedo helado... están demasiado juntos, demasiado cómplices, demasiado... cercanos. ¿Pero qué es lo que he hecho? Al intentar acercarla a mi lado la he alejado sin remedio, empujándola a los brazos de Evan.

Mi dulce Gabrielle... era tan pura, tan inocente... y la he corrompido por culpa de mis miedos. La amo... no quería admitirlo, pero estoy perdidamente enamorado de ella.

Me siento traicionado... más por Evan que por ella. Ese hijo de puta mentiroso... juró que jamás se interpondría entre nosotros, pero ahí está, sonriéndole a mi mujer.

Mi demonio se desata, me consume, toma el control. Me llena de una ira incontenible que jamás había sentido, y toda esa ira va dirigida a mí mismo, por haber sido tan estúpido de no hacerle caso.

Es mía... en cuerpo y alma desde el momento en que la vi en la parada de taxis. Y ahora todo se ha derrumbado, mi mundo se ha ido a la mierda por culpa de mi supuesto mejor amigo.

En el momento justo en el que Evan levanta la mirada y me ve, me doy la vuelta y salgo del restaurante, con la furia hirviendo en mi sangre.

Decido marcharme antes de hacer algo de lo que me pueda arrepentir, pero apenas he andado un par de manzanas cuando el desgraciado me agarra del brazo obligándole a mirarlo.

—¿Pero qué coño te pasa? ¿Por qué te has ido de esa manera del restaurante?

Sin pensarlo siquiera, levanto el puño y lo estampo contra su cara. Evan me mira sorprendido, pero no me lo devuelve. Se limpia la sangre de la boca con el dorso de la mano y me empuja para evitar que repita el puñetazo.

—¿Estás loco? ¿A qué ha venido eso, Derek?

—¡Maldito hijo de puta! ¡Te dejé probar a mi mujer! ¿Y así me lo pagas? —espeto furioso.

—¿De qué cojones estás hablando? ¡Estábamos cenando! ¡Me la encontré y le propuse que cenásemos juntos!

—¡Y yo voy y me lo creo! ¡No nací ayer, Evan! ¡Vi cómo la mirabas!

—¡Me estaba hablando, joder!

¿Prefieres que mire al techo?

—¡Sé que te la estás follando a mis espaldas!

Evan me mira con la boca abierta y luego niega alejándose de mí.

—Estás enfermo, macho. Ves fantasmas donde no los hay. Creo que ha llegado el momento de terminar con esto. Se acabó.

—Sé muy bien lo que he visto. Aléjate de ella, ¿me oyes? Aléjate de ella antes de que pierda las formas y termine lo que he empezado.

Un sollozo desgarrado llama mi atención, miro detrás de Evan... y allí esta Gabrielle, con los ojos anegados en lágrimas, que sale a correr en dirección contraria. Mi alma se parte, mi corazón grita que vaya tras ella, pero mi orgullo me lleva en dirección contraria.

Son las dos de la mañana y no he podido pegar ojo. No puedo soportar la angustia que me oprime el corazón al pensar que he vuelto a cagarla con Gabrielle. Mi estúpido orgullo ha dejado que sea un auténtico gilipollas. Otra vez. Se ha convertido en una costumbre entre nosotros.

Cansado de dar vueltas en la cama, me visto y voy a su casa. Abro con la llave que me dio cuando comenzamos a salir, y veo que todo está en silencio.

Me acerco a su cuarto, y la encuentro en la cama hecha un ovillo con una de mis camisas apretada entre sus brazos.

Su cara hinchada y sus hipidos me recuerdan dolorosamente que por mi culpa se ha dormido llorando. Mi dulce Gabrielle... ahí tumbada con un pijama de corazoncitos parece tan angelical como el día en que la conocí.

Con mucho cuidado me deshago de los pantalones y le quito despacio la camisa de las manos. Me tumbo junto a ella y nos tapo con la manta, abrazándola suavemente. Ella suspira y se da la vuelta refugiada entre mis brazos, entierra la cara en mi cuello y suspira mi nombre.

Sonrío ante el gesto, entierro la nariz en su pelo y apenas tardo un segundo en quedarme dormido.

Capítulo 16

Me despierto con la mirada de Gabrielle clavada en mi cara... y en mi alma. Está muy seria, y tras una noche de descanso me siento un poco avergonzado por mi comportamiento de ayer.

Pensando en frío me he dado cuenta de que mi reacción ha sido desmesurada, y he hecho pasar un mal rato a Gabrielle sin necesidad.

–Perdóname –es lo único que atino a decirle.

–¿Cómo se te ha ocurrido pensar que me acuesto con Evan a tus espaldas?

–¡No pensé! ¡Os vi ahí, tan cerca, tan cómplices, que los celos me cegaron!

–No voy a consentirte ni una sola duda más, Derek. Si no confías en mí, no tenemos nada que hacer.

–No volverá a ocurrir, cariño.

La beso suavemente y me coloco sobre ella. Mis caricias son lánguidas, suaves. Mi boca acaricia su cuerpo con dulzura, y cuando me entiero en su interior dejo fluir todo lo que siento por ella. El amor, la devoción... con ella me siento completo, vivo.

Entro y salgo de ella con embestidas lánguidas, y cuando su sexo me exprime fruto de su orgasmo me dejo llevar, dejo que la calma me recorra y suspiro satisfecho cuando ella me sonrío.

Tras un desayuno y unos cuantos arrumacos a mi chica me vuelvo al bufete. El día pasa más calmado, y a última hora me escapo para ir a casa de Evan para disculparme también con él.

No quiero pensar mal, no quiero ser desconfiado, pero cuando veo salir a Gabrielle de su casa no puedo controlarme. La sigo desde la distancia, como un vulgar ladrón, aprendiendo sus gestos, sus movimientos, su risa. Intentando encontrar un atisbo de culpa en su semblante, pero solo veo tranquilidad.

Me vuelvo al bufete cabreado, frustrado y con más dudas de las que puedo soportar. ¿Están jugando conmigo? ¿O mi mente enferma me hace ver cosas donde no las hay?

Con esas preguntas rondándome la cabeza echo mano de la botella de whisky que tengo para los clientes. A la mierda todo. Me he sacrificado tanto por ella... y estoy cansado de dar tanto sin recibir nada a cambio.

Llevo más de media botella cuando Marguerite irrumpe en mi despacho. ¡Joder! No estoy para lidiar con ella ahora mismo. El tiempo que he estado sin beber me ha pasado factura, y tengo una borrachera de campeonato a pesar de que no he bebido tanto como solía beber.

–¿Qué coño haces aquí, Marguerite?

Vete.

–¡Derek! ¿Qué te ocurre?

–¡Maldita sea, largo!

–¿Tiene que ver con una mujer? –a cada frase que sale de sus labios se acerca a mí un poco más.

–¿A ti qué coño te importa? ¡He dicho que te largues!

–Me importa porque no quiero que sufras.

–Vete a la mierda, Marguerite. A ti lo único que te interesa es que te folle, porque el imbécil de tu marido siempre está demasiado borracho para hacerlo. Pero siento decepcionarte, preciosa. Ahora mismo estoy más borracho que él.

Ella se sienta en mis rodillas, pero estoy demasiado borracho para apartarla.

–Ella no te merece, Derek. Ella no merece que estés así.

–¿Y tú sí? –digo tras una carcajada.

–Quizás no... pero puedo aliviar tu dolor...

Marguerite arrasa mi boca... y yo no siento absolutamente nada. Intenta que colabore, pero lo único que puedo hacer es sentir una gran satisfacción cuando Gabrielle entra en el despacho y me pilla de esa guisa.

–¿Cómo has podido? –susurra– ¿¿Cómo has podido??

–De la misma manera en la que tú lo has hecho con Evan, nena.

–¿De qué hablas? Te dije...

–¡Te he visto salir de su casa! Dime... ¿acaso él te folla mejor que yo?

–¿Pero qué estás diciendo? ¡Estás borracho!

–Lo estoy. Borracho y muy cachondo... y desde luego no pienso follarte a ti. Debes estar satisfecha después de follar con el hijo de puta ese que se hace llamar mi mejor amigo.

–Estás enfermo, Derek... muy enfermo.

Gabrielle sale de la habitación dando un portazo, y aparto a Marguerite de mi regazo de un empujón.

–Que no te lo repita, lárgate.

–Derek...

–O te largas... o no voy a parar hasta que tu marido pida el divorcio y te quite hasta el último céntimo que tienes –balbuceo.

Ella se marcha airada, y yo me quedo allí, destrozado y ahogándome en alcohol.

Capítulo 17

Me despierto a la mañana siguiente tumbado en el sofá de mi despacho hecho una puta mierda. Desorientado, perdido. Mi vida se ha ido con ella. Todas mis ilusiones, mis anhelos, han terminado en el fondo de una puta botella de Whisky... otra vez.

El dolor que pude vislumbrar en sus ojos justo antes de salir de mi vida me ha hecho comprender que mi mente enferma me ha jugado una mala pasada, y he terminado de cagarla haciéndole creer que me follaba a Marguerite a sus espaldas.

Me levanto con dificultad, con una resaca impresionante. Tras decirle Cristine que me voy a tomar el día libre me marcho a casa. Ando a paso lento, machacándome al recordad cada palabra que salió de mi boca anoche con el único propósito de hacerle daño a Gabrielle.

Pero el daño me lo he hecho yo mismo. Ahora nada tiene sentido, y no sé cómo voy a seguir adelante a partir de ahora.

Me meto en la ducha, esperando que el agua caliente borre de mi piel la vergüenza que siento, y sin tan siquiera secarme me meto en la cama.

Varias horas después me levanto, me preparo un sándwich y me siento a recordar cada uno de los momentos que he vivido con Gabrielle: nuestro primer encuentro, nuestra primera cena. Aquella vez en la playa, las veladas tranquilas en casa...

Mi mente viaja a cada uno de los encuentros que hemos compartido con Evan. Mientras él se mostraba dulce y delicado con ella, yo era salvaje, apasionado.

Debí verlo antes, debí darme cuenta de que Evan se había enamorado de ella. No puedo culparlo... pues yo también lo estoy. He llegado a una triste conclusión: si la amo debo dejarla marchar. Y si para que ella sea feliz debe estar con Evan, haré lo que esté en mi mano para lograrlo, aunque para ello tenga que desaparecer de sus vidas.

Me visto y me encamino a casa de mi amigo, pero al no encontrarlo allí le espero sentado en los escalones. Dos horas después aparece cabizbajo, y su cara de sorpresa al verme es todo un poema.

—¡Derek! ¿Dónde te habías metido?

Te he llamado un millón de veces.

—¿De dónde vienes?

—Derek...

—Evan... dímelo.

—De casa de Gabrielle —suspira.

–¿La quieres?

–¿Cómo dices?

–¿Estás enamorado de ella?

–¡Joder, no! ¿Por quién coño me tomas? ¡Jamás la he tocado si tú no estabas delante!

–Acabas de decirme que estabas con ella...

–¡Estaba con ella porque está destrozada! ¿En qué coño estabas pensando, Derek? ¡Te has comportado como un auténtico gilipollas! ¿Cómo se te ocurre engañarla con tu clienta?

–No pasó nada, Evan. Entre Marguerite y yo no pasó nada – reconozco en un susurro.

–¡Pues disimulasteis muy bien delante de Gabrielle!

–Ella está enamorada de ti, Evan. No de mí.

–No crees eso... no puedes creer eso después de todo lo que has vivido con ella –niega alucinado.

–¿Y por qué se refugia en ti, Evan? ¿Por qué corre a tu lado cuando discutimos? ¡Ayer la vi salir de tu casa!

–¡Por Dios bendito, Derek! ¡Recurre a mí porque soy tu amigo! ¡Recurre a mí porque te conozco mejor que nadie!

–Yo no estoy tan seguro.

Pero me engaño a mí mismo.

Oyendo a Evan me he dado cuenta de que ella me ama aunque no lo haya admitido, y yo he sido un auténtico cabrón.

–Me metí en este juego creyendo que te ayudaba, Derek, pero lo único que he conseguido ha sido que tus antiguos demonios vuelvan a salir a la luz. Gabrielle está enamorada de ti, tanto que incluso te envidio, porque no hay nada que desee más que tener a una mujer que me ame de esa manera. Y tú no paras de darle motivos para que te odie y se aleje de ti. ¿Sabes qué? Al final va a resultar que tienes razón... ella va a estar mejor sin ti.

Evan pasa por mi lado y se mete en su casa, dejándome solo con mis pensamientos. Estoy solo, hundido, incompleto... y todo por culpa de mis miedos y mis demonios.

He vuelto a cagarla, he vuelto a alejar de mí a mi ángel redentor. Creí que sería capaz de lidiar con mis celos enfermizos, pero Gabrielle me conoce mejor que yo.

Desde que conozco a Gabrielle, es la segunda vez que me siento perdido. La he vuelto a perder, y esta vez no sé si conseguiré que me brinde su perdón y me salve de mí mismo.

Continuará...